

Miguel Ángel Fernández, *el Prof* Hombre de museos, amante de las palabras

José Enrique Ortiz Lanz*

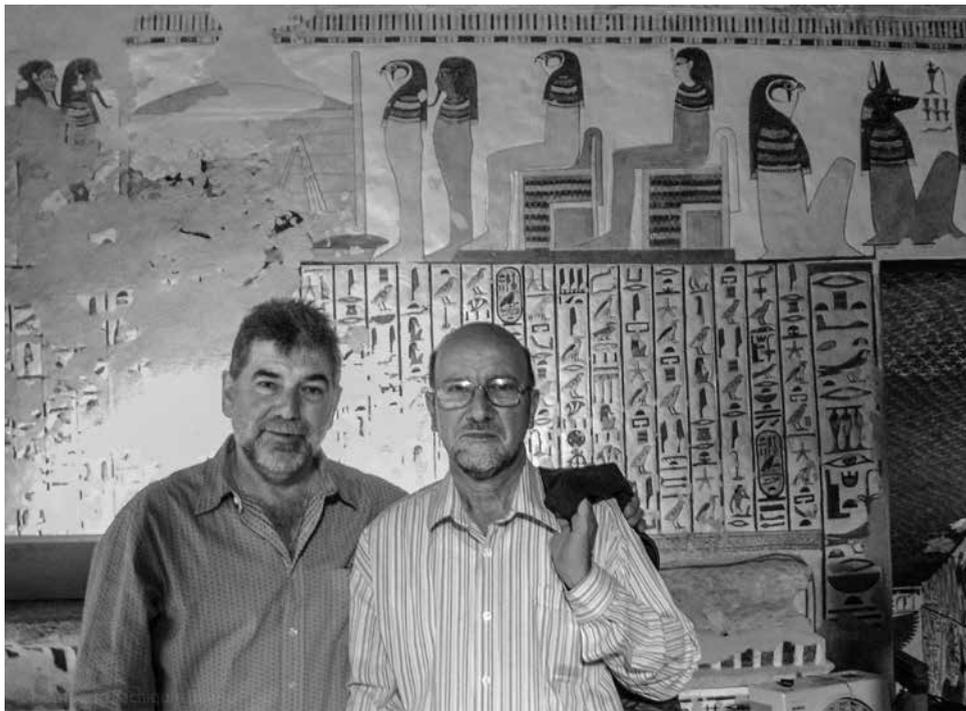
Conocí a Miguel Ángel, mi prof, como después le llamaría tan seguido, en un lejano 1985, cuando yo era entonces un flamante y despistado joven director del naciente Centro INAH Campeche. Los hallazgos producidos con las exploraciones, en ese tiempo recientes, de mi paisano el doctor Román Piña Chan obligaban a su exhibición y comenzó el proyecto del Museo Regional de Campeche, en la Casa del Teniente de Rey, una vetusta construcción de finales del siglo XVIII. El trabajo de planeación del futuro, aunque efímero recinto, me pareció apasionante. Ahí, sin notarlo, mi vida cambió.

Un par de años después estaba ya en la Ciudad de México y la Coordinación de Museos se volvió uno de los epicentros en los cuales giraba mi nueva vida en el Instituto

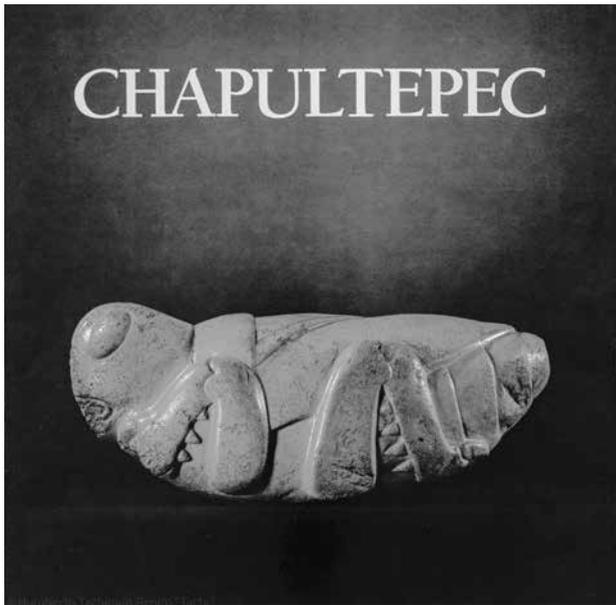
Nacional de Antropología e Historia (INAH). De hecho, fue Miguel Ángel quien me dio mi primer trabajo en este campo: la supervisión de la construcción de la gran maqueta que se encontraba al centro del Museo del Templo Mayor. Ahí, de manera directa, comencé a adentrarme en el sorprendente mundo de los recintos.

GENEROSIDAD CONSTANTE

Como anécdota personal, pero también como muestra de quién era, cuando debí firmar mi primer contrato de renta me pedían a alguien que tuviera una propiedad en el entonces Distrito Federal y diera el aval. Recurrí a Miguel Ángel y después de algunas objeciones dijo que lo debía consultar con Olga, su gran compañera, su piedra angular, el peso que lo ataba a la tierra. Finalmente, después de mucho pensarlo y



Museógrafo José Enrique Ortiz Lanz y el Profesor Miguel Ángel Fernández, Egipto, durante la selección de piezas para la exposición temporal *Isis y la Serpiente Emplumada: Egipto faraónico/México prehispánico*. **Fotografía** © Humberto Tachiquín Benito "Tachi".



Portada del libro *Chapultepec. Historia y presencia*, Smurffit, Cartón y Papel de México, 1988.



Profesor Miguel Ángel Fernández.

promesas mías, el *prof* me dio la firma para ser habitante de esta ciudad. Ahí conocí su generosidad con la cual me volví a encontrar numerosas veces.

Rápidamente nos hicimos amigos. Olga y él fueron huéspedes frecuentes de fiestas en casa. Cuando visitaba la de ellos, pude conocer a sus entonces dos niñas, Carla e Isabela, quienes ahora se han convertido en mujeres plenas que llevan con orgullo los apellidos Fernández y Tena. Ahí pude atisbar la intimidad de una familia encantadora.

Miguel era un invitado particular, con ciertas manías para la comida, no tomaba ni una gota de alcohol y en una época en la cual los cigarros eran permitidos hasta en los hospitales, aborrecía el tabaco, aunque Olga –espíritu libre– fumaba desenvueltamente. Todo ello lo compensaba con su ingenio, una rapidez en la respuesta y una simpatía que cuando brotaba era un manantial cristalino que lo convertía en uno de los centros de las reuniones. Ahí conocí su particular, pero burbujeante sentido del humor.

En el trabajo, amante extremo de los horarios y las rutinas bien establecidas y firmes, el *prof* era un jefe difícil, pero con quien valía mucho la pena aprender. Todavía a fines de la década de los ochenta pude conocer el trabajo previo de la museografía mexicana y me asombraba ante sus grandes valores creativos, educativos y de búsqueda, pero me topé con un mundo sin registro escrito, donde la única forma de aprender era a través de la práctica. El *prof* no sólo sabía y ejercitaba la escritura, sino que además lo disfrutaba y hacía estupendamente. Ahí conocí la disciplina y el orden laboral, los procesos y los resultados que se plasmaban en varias carpetas de documentos: el ejercicio de la memoria del trabajo cotidiano.

HOMBRE DE MUSEOS, ESCRITOR METICULOSO

En su faceta de escritor, recuerdo sus charlas sobre cómo evaluaba y revisaba las palabras, las cuales eran pesadas, concatenadas y repetidas cuidadosamente para que tuvieran una sonoridad adecuada. Fue cuando conocí por primera vez a un hombre de museos que dejaba pruebas de su quehacer. La relevancia del catálogo era fundamental y de ello dejó testimonios tempranos no sólo en sus pequeñas pero precursoras exhibiciones, todas ellas con una sencilla publicación, en el Museo Nacional de Historia, Castillo de Chapultepec, del cual conocía al dedillo no sólo las obras expuestas –había estudiado los acervos de sus depósitos–, también podía impulsar grandes obras escritas, como el todavía deslumbrante catálogo de la exposición *Maya* en Venecia. Ahí, fui testigo de la importancia no sólo del quehacer material, sino de su memoria escrita y visual que queda en una veintena de obras.

En 1994, después de un breve paréntesis, me volvió a invitar para trabajar juntos en el INAH bajo la dirección de Teresa Franco. Nos tocó –a un equipo y a una generación

formada por él, todavía muy viva y productiva— terminar los museos de los proyectos especiales, reestructurar otros más y comenzar proyectos de recintos y exposiciones que hoy se han recuperado gracias al libro brillantemente editado por Carlos Córdoba Plaza, una joya que todos deberíamos conocer y reconocer. A lo largo de esos años pude practicar con mi *prof* el exquisito, divertido y creativo arte de innovar y sorprender, otorgar valor a colecciones olvidadas, dar a conocer y hacer accesible la información, dirigimos a diversos públicos, la verdadera conjunción entre teoría y práctica— razón y sentimiento.

CÓMO CUIDAR Y VALORAR EL PATRIMONIO MEXICANO

En la primera década de este siglo, como asesor, ya con la dirección de Sergio Raúl Arroyo, siguió haciendo y logrando negociaciones importantísimas que posicionaron al Museo Nacional de Antropología como uno de los grandes centros museográficos del mundo. El patrimonio mexicano fue dado a conocer en el exterior, mientras que los mexicanos podíamos contemplar y aprender de otras culturas, en un mundo verdaderamente conectado. Ahí pude aprender las difíciles artes de la negociación y de los intereses culturales y políticos multinacionales y de cómo cuidar y valorar al patrimonio mexicano.

La vida nos llevó a proyectos conjuntos y otros separados, pero su consejo y apoyo siempre estuvo presente. La muerte de Olga, como una lenta y anunciada tormenta catastrófica, inundó su vida y lo dejó a la deriva. Cuando bajó la pandemia pude visitarlo unas cuantas ocasiones y hasta salir a comer con él. Hablamos por teléfono y todas las veces la tónica del comentario oportuno y simpático llenaba la línea, invariablemente con un sostenido razonamiento. La amistad de casi cuarenta años ahí estaba, como también los sentidos del humor y del orden.

Hace unos días, para este homenaje, Cora Falero me pidió algunas fotografías que unas semanas antes le había enviado a Miguel Ángel y le habían gustado mucho. La primera vez, cuando se las hice llegar a mi *prof*, tuve dudas, porque eran de él con Olga y con mucho tiento le pregunté si no le molestaban. Su respuesta fue un mensaje que guardé en el teléfono sin darle mayor importancia hasta hace unos días: “Te lo agradezco mucho, querido amigo. Fueron buenos tiempos. Espero verte pronto. Por supuesto que conservaré estas fotos. Qué rápido se pasa la vida, como decía el escritor español: ‘tan callando...’”.

Ahí estaba su despedida. **GM**

*Ex coordinador de la Coordinación Nacional de Museos y Exposiciones del INAH.



Profesor Miguel Ángel Fernández, etnólogo Sergio Raúl Arroyo, en dos ocasiones director del INAH, y licenciado Miguel Fernández Félix, fue director del Museo del Palacio de Bellas Artes.



Olga Tena y el Profesor Miguel Ángel Fernández.